

con la belleza, con el estilo y con la gloria, y en ello hemos llevado la mira de retraer á los jóvenes oradores de esa mendicidad con que suelen ocurrir á las bibliotecas profanas en busca del colorido y la forma, hácia este repertorio inmenso de verdad, de sentimientos, de bellezas, de elevación, de sublimidad y de estilo, con que les brinda en todos sus géneros la literatura sagrada.

¡Felices nosotros, si llegamos á conseguirlo! Nuestros trabajos habrán recibido la mas bella recompensa. Pero si así no fuere, quedanos á lo ménos la conciencia de nuestra intención, y el haber hecho alguna cosa en favor de la juventud que compone hoy la escuela de los futuros oradores eclesiásticos de nuestro país.



PLÁTICA PRIMERA

SOBRE

LA IMPORTANCIA DE LA PREDICACION CATEQUÍSTICA,

DISPOSICIONES CON QUE DEBE ASISTIRSE Á ELLA,

Y MEDIOS

PARA OIRLA CON APROVECHAMIENTO.

Data est mihi omnis potestas in celo et in terra: euntes ergo docete omnes gentes, baptizantes eas in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti: docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.

A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id pues é instruid á todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos.

Palabras tomadas del Evangelio de San Mateo en el capítulo XXVIII vv. 18, 19 y 20.

HERMANOS MIOS:



Yo vengo á llenar aquí una mision augusta, gloriosa para Dios, necesarísima para vosotros é inefablemente grata para mi corazón. Vengo á enseñaros la doctrina cristiana, es decir, la primera y mas sublime de todas las ciencias, la verdad suma, lo único necesario en cuanto puede caer bajo el dominio de vuestro entendimiento, lo que á todos importa sin excepcion alguna, porque nadie puede salvarse sino por la doctrina cristiana, y segun la doctrina cristiana.

Mas la doctrina cristiana, hermanos míos, en su predicacion exige, para ser entendida y aplicada con facilidad y provecho, una larga serie de instrucciones en que, siguiéndose con toda fidelidad el orden natural de las ideas, el enlace y encadenamiento de los dogmas, de los preceptos y de las máximas, quede perfectamente indicada la carrera que han de seguir á igual paso el entendimiento y la voluntad para llegar á nuestro último fin, el cual consiste, como bien sabéis, en la posesion de la bienaventuranza, cifrada nada ménos que en ver á Dios en sí mismo, amarle y gozarle eternamente.

Comienzo pues hoi esta santa y dulce tarea, y la comienzo con la esperanza firme de que Dios, que da el incremento, como dice San Pablo, á la semilla de la palabra evangélica predicada por sus ministros, os llenará de luz y de fuerza, para que la oigáis con inteligencia y la guardéis con fidelidad. Estas son de hecho las dos condiciones que Jesucristo puso al fruto de la palabra santa, pues que la felicidad eterna es de aquellos que oyen la palabra de Dios y la guardan tambien. (1) ¿Qué asunto escogeré pues para esta primera plática, que produzca en favor vuestro, por la santa oportunidad de su colocacion, la mas incontestable utilidad? El que prepare mejor, hermanos míos, vuestro entendimiento y vuestra voluntad, poniéndoos en el verdadero camino de la enseñanza, é inclinándoos irresistiblemente hácia el cultivo de esta ciencia celestial.

Bien sabéis, que yo no vengo aquí por una casualidad ó por una simple inclinacion, sino de propósito y porque he sido enviado á llenar un deber de la mas alta importancia; que he sido enviado por Jesucristo, á quien ha sido concedido todo poder en los cielos y en la tierra; que he sido enviado á vosotros, pues que os halláis contenidos en el número de todas las naciones; que he sido enviado para predicaros el Evangelio, enseñaros la doctrina y formaros en la escuela de Jesucristo. He sido enviado, oidlo: „Id por todo el mundo,” dijo Jesucristo á sus apóstoles, y en ellos á todos sus ministros: *Euntes:*

(1) San Lucas. Cap. XI, v. 28.

quien me ha enviado tiene el poder supremo sobre los cielos y la tierra, pues así lo dice el mismo por su Evangelista: „*Data est mihi omnis potestas in celo et in terra:*” he sido enviado á enseñar á todas las gentes, y por tanto á vosotros: oidlo tambien: „*Docete omnes gentes.*” Estos son, ¡oh católicos! los respetables títulos que os presento de parte de Jesucristo en los instantes mismos en que os dirijo la palabra. ¿De qué manera me habéis de recibir vosotros? ¿con qué espíritu escucharéis mis instrucciones? He aquí la cuestion mas capital, mas importante que puedo proponerme y proponeros. Esta cuestion es práctica, y en clase de tal pide ser ilustrada por las doctrinas y resuelta por la voluntad. Visto es por tanto, que en ella debemos tener parte vosotros y yo. Ministro de la palabra de Dios, á mí me toca ilustrar esa cuestion importante; fieles cristianos, miembros de la Iglesia católica, pero hombres al mismo tiempo, habitantes de la tierra y en lucha con vuestras pasiones, á vosotros os toca resolver.

Determinado mi deber, procedo á cumplirle con el favor de Dios, dándoos las luces competentes para que comprendáis la necesidad estrechísima que tenéis todos de oír, entender y obsequiar la predicacion evangélica. Este es pues el asunto de la instruccion presente, que voi á daros, hermanos míos, lleno de solicitud y esperanza: de solicitud, porque me intereso como el que más en vuestra felicidad eterna, y de esperanza, porque acabáis de oír, que tengo á mi favor la infalible promesa que hizo Jesucristo de permanecer hasta la consumacion de los siglos estrechamente unido con nosotros, ministros de su evangelio y distribuidores legítimos de la palabra que baja de los cielos para santificar la tierra.

Mas á fin de llenar tan útil y santo ministerio, me propongo hablaros por ahora sobre tres puntos capitales, que forman, digámoslo así, mi preparacion y la vuestra, para seguir con buen éxito este curso de instrucciones doctrinales que intento daros en una serie de pláticas religiosas. Deseo mucho inclinar vuestra voluntad, y para conseguirlo necesito poner á vuestra vista la importancia suma de esta predicacion: allanada vuestra voluntad, corre á mi cargo ilustrar vuestro entendimiento, y para conseguir-

lo, quiero hablaros de las disposiciones con que debéis venir á escuchar la palabra de Dios: santamente prevenidos por unas disposiciones tan felices, no me resta ya sino manifestaros los medios mas á propósito para que lleguéis á poseer los conocimientos mas perfectos en materia de doctrina segun la medida de vuestra capacidad. En suma, importancia de la predicacion de la doctrina cristiana, disposiciones con que debéis escucharla, y medios para enseñarla y aprenderla: tales son, católicos, los tres puntos á que pienso ceñirme, y que al presente deben ocupar toda vuestra atencion. Tengo á mi vista un auditorio numeroso, compuesto de diferentes clases, edades y condiciones, y he menester, por decirlo así, de poseer en cierto modo ese don de lenguas que pone la palabra de Dios al nivel de todos los entendimientos, sin salir de un solo idioma y á pesar de las diferencias que la naturaleza y la educacion han introducido entre los hombres. Yo le tendré, no lo dudéis, porque todo don perfecto viene de Dios, y Dios comunica á sus ministros cuanto ellos necesitan para instruir y edificar á los pueblos, extender su doctrina y publicar su gloria.

PRIMERA PARTE.

Os he ofrecido, católicos, hablaros en primer lugar de la importancia de la doctrina cristiana, y en verdad que mi promesa me conduce á un asunto el mas grande y sublime ciertamente que puede ocupar al orador en la Cátedra del Espíritu Santo. Entro pues en materia, y en el curso de mis ideas me propongo llegar á vuestra voluntad por el camino de la razon y de la fe. Penetrad cada uno de vosotros en vos mismo, recorred y examinad una por una las cualidades esenciales de vuestro ser, ó lo que es lo mismo, las cosas que os constituyen tales como sois; inquirid vuestro origen, buscad vuestras diversas relaciones, y que todo este estudio os conduzca al conocimiento de vuestras verdaderas, íntimas é imperiosas necesidades.

No os pido mas, hermanos míos, para conseguir mi objeto, el de producir en vuestras almas ese moral convencimiento que ilustra la razon y decide la voluntad.

Permitidme pues, que desempeñándoos aquí, y ántes de elevar mis pensamientos al rango de la fe, (1) os examine á vosotros en mí mismo, sin otro estímulo que los instintos, sin otra guia que la naturaleza. „Yo pienso, hablo, me muevo, obro, existo en suma. Tengo una parte visible y palpable que me pone en contacto con todas las demas cosas que me rodean, un cuerpo organizado que vive, que se mueve con libertad, que dura cierto tiempo y que ha de morir. Lo que veo en mi cuerpo es muy semejante á lo que veo en los otros cuerpos, figura, color, peso, &c &c; mas no todos los cuerpos son como el mio, pues muchos hai entre ellos que teniendo las mismas cualidades, no pueden por sí ni moverse ni permanecer quietos contra la decision de una causa inteligente: luego las simples cualidades de mi cuerpo no son el principio de mi accion. Hai pues en mí una cosa que no es cuerpo, una sustancia simple, espiritual, inteligente, libre, activa, la cual dirige todos los movimientos de mi cuerpo, determina mi direccion y gobierna mis pasos; en suma, una *alma racional*. He aquí lo que me constituye *hombre*; he aquí la *naturaleza humana* que debo reconocer en todos mis semejantes.

Pero, ¿de mí ha dependido acaso mi nacimiento? ¿dependerá de mí por ventura mi muerte? No: yo tengo pues un superior, una causa de donde procedo y á la cual estoi enteramente sometido, y todos los seres se encuentran en este mismo caso, los seres racionales, los seres animados y los seres inanimados: por que todos ellos son contingentes, puesto que existen y pudieron no haber existido jamas, existen y pueden dejar de existir: existen, por que tuvieron una causa productora; pueden dejar de

(1) Tal vez aquí me aparto un poco del sendero comun trazado por el arte á esta clase de discursos, en que se prescinde por lo comun de las primeras nociones puramente naturales que nos da la filosofía. Pero me ha decidido á esto el carácter mismo de nuestro siglo y la consideracion de que los principios católicos no desdeñan estas primeras observaciones, y son tan concluyentes en cuanto mira al dogma revelado, como decisivos para triunfar en las cuestiones filosóficas.